

ALFAGUARA INFANTIL

DESDE **8** AÑOS

Lucía Moñitos, corazón de melón

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo



Lucía Moñitos, corazón de melón

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo

En su aventura anterior, Lucía Moñitos salvó a la ciudad de las garras de la tristeza cotidiana. Pero ya creció y esta vez se ve envuelta en otra difícil campaña: la donación de órganos. Investiga y busca ocurrentes soluciones, siempre haciéndonos reír junto a su inseparable amigo Yoyito.

www.pepepelayo.com

ALFAGUARA

INFANTIL



9 789562 397117

ALFAGUARA


© Del texto: 2009, Pepe Pelayo

© De las ilustraciones: 2009, Alex Pelayo

De esta edición:

2009, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia

Santiago de Chile

ISBN: 978-956-239-711-7

Inscripción N° 184.941

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: octubre 2009

Segunda edición: julio 2010

Diseño de colección:

Manuel Estrada

Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala •
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela •

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Lucía Moñitos, corazón de melón

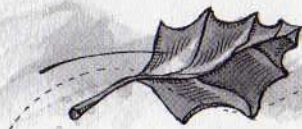
PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo

ALFAGUARA


PRIMERA PARTE

Lucía Moñitos descubre algo
muy extraño



**Moño, moñito,
moñote, moñino**

(De su compañero Gordon le vino)

—Hola, Lucía Moñitos. ¿Qué haces?

—Hola, Gordon. Estoy armando un cuerpo humano con pegatinas. Es una tarea del colegio que debo entregar mañana.

—Deja ver... ¡Eh! Pero a esa cabeza le falta una oreja. ¿No tienes más orejas?

—No, había una sola, parece.

—¿Quieres que te done ese órgano?

—No te entiendo, Gordon.

—Mira, en la vida real, cuando a alguien se le enferma grave un órgano, tiene que esperar a que otra persona se muera y le done su órgano.

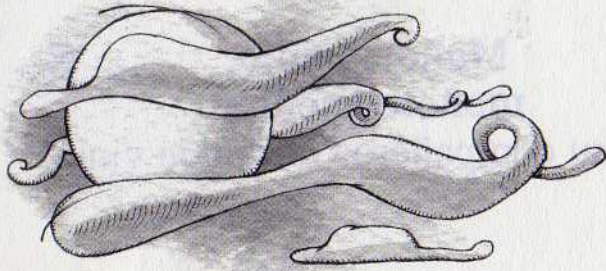
—¡Qué moña!

—Pues así es. Parece que no es fácil la cosa.

—¿Por qué no? ¿No es fácil conseguir un recién muerto, Gordon?

—Eso te digo...

—¡Pero si eso es facilísimo! Mira, si



quieres localizar a alguien recién muerto sólo mira las noticias en la tele y verás que siempre hay uno.

— Pero no es sólo eso, Lucía. No haces nada si encuentras a un recién fallecido, también tienes que esperar a que la familia acepte donar el órgano.

— ¿Y para qué tanto trámite si es para salvar una vida, Gordon?

— No sé. Lo que sé es que si el muerto quería donar sus órganos y la familia no, entonces no hay donación.

— ¡Qué moña! Yo no veo eso correcto.

— No lo ves correcto porque tú tienes un corazón de melón, Lucía Moñitos.

— ¿Y eso es bueno o malo, Gordon?

— Es bueno. El melón es bueno... Pero entonces, ¿quieres una oreja o no?

— Claro, esperaré por tu donación para completar mi figura.

— Está bien, Lucía. Voy a casa, busco una pegatina de oreja y te la traigo enseñada.

— Gracias, Gordon. ¡Y apúrate porque debo entregarlo mañana temprano!... (Ojalá que la oreja que me traiga no sea de burro o de conejo, o de elefante, o del tío Otilio).

Moño, moñito, moñote, moñó

(A su amiga Ricitos encontró)



—Hola,
Ricitos de Chocolate, ¿por qué
tan apurada?

—No sé,
Lucía, no me
había dado cuenta.
No tengo nada que
hacer, quizás por eso
ando con rapidez.

—¿Por qué?
—No sé, debe ser
para aprovechar más
el tiempo sin hacer nada.
—No entiendo mucho,

Ricitos, pero tú sabrás.

—Bueno, ¿y tú qué haces?

—Mi tarea: un cuerpo humano con
pegatinas. Pero estoy muy preocupada por-
que Gordon dijo que iba a traerme una oreja

y no ha regresado. Quizás la madre no aceptó
que él me donara ese órgano...

—¿Donar?

—Sí, Gordon me explicó que si a
alguien se le enferma grave un órgano, podrían
ponerle el de un recién muerto.

—¿Ponerle?

—Ya averigüé y eso se llama *tras-
plante* y lo hacen los médicos y así se salvan
vidas.

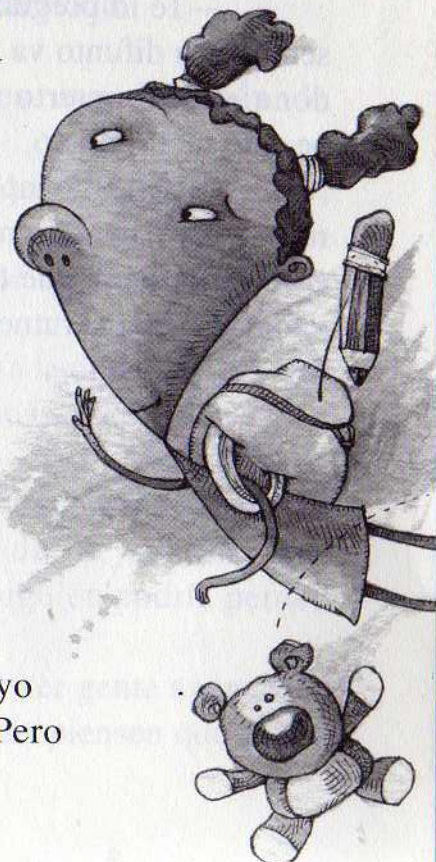
—¿Y por qué la
madre de Gordon no va
a querer, Lucía?

—¿Qué sé
yo! Dicen que a
veces la familia
del muerto no
quiere donar.
¿Sabes por qué
pasa eso, Ricitos
de Chocolate?

—No.
Dime tú.

—¿Qué sé yo!
Por eso te pregunto.

—¿A mí? ¡Si yo
tampoco sé, Lucía...! Pero



ahora yo me pregunto: ¿no será un problema religioso?... ¿Eh?... Contéstame, ¿no?

—¿Qué cosa?

—Te decía que ahora yo me pregunto...

—¡Ah, entonces contéstate tú! ¡O si no pregúntame a mí!

—Está bien. Ahora yo te pregunto: ¿será un problema religioso?

—No sé, Ricitos de Chocolate. Ya te dije que no sé.

—Te lo pregunto porque quizás piensen que su difunto va al cielo y el órgano que dona el otro muerto puede venir con algún pecado incorporado.

—¡Qué moña! Eso que dices está muy raro... Voy a pensar en eso. Chao, amiga... (Es como si la oreja que trae Gordon viniera con vanidad o con cerumen).

Moño, moñito, moñote, moñina

(Hasta su primo Mediometro opina)

—Hola, Mediometro.

—Hola, Lucía Moñitos.

—Vengo a preguntarte algo, porque dicen que tú eres un sabelotodo.

—Así dicen.

—¿Sabes qué es una donación de órganos?

—Por supuesto que sí. ¡Chao, Lucía, tengo que...!

—¡Espérate! ¡Qué moña! ¡No me respondiste...!

—Claro que sí. Ya te dije que sí sé qué es una donación. ¿Qué más quieres saber?

—Quiero saber esto, Mediometro: ¿por qué los familiares se niegan a aceptar la donación de órganos de su muerto, aun sabiendo que con eso alguien podría perder la vida?

—Muy fácil. Por ser gente apegada a viejas costumbres. Quizás piensen que el día

de los fieles difuntos, ellos tendrían que ir hasta la casa del que recibió el corazón y ponerle flores en el bolsillo de la camisa, al lado del órgano donado. ¿Entiendes, Lucía?

— ¡Qué moña! Pensaré en eso... Chao, primo... (Quizás la mamá de Gordon piense que si la oreja la tengo yo, va a escuchar cosas que ella no le permite oír... ¡Pues voy a dejar que escuche las peleas de mis vecinos! ¡Hasta otitis le va a dar!).



Moño, moñito, moñote, moñotra

(Su amiga Ricitos está en otra)

— ¡Hola, Lucía Moñitos!

— ¡Hola, Ricitos de Sushi! ¡Ven acá un segundo!

— ¿Qué quieres, mi amiga? ¡Estoy muy apurada!

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Claro, si ya me la hiciste.

— ¿Cuándo?

— Ahora. Me acabas de preguntar si podías hacerme una pregunta, ¿no es cierto?

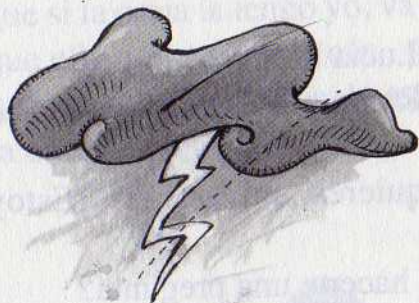
— Sí, pero esa pregunta no vale.

— ¿Entonces son dos preguntas?

— Sí, Ricitos de Sushi.

— Ah, entonces no puedes hacérmela porque debo irme. Esta mañana me dijeron que fuera a comprar arroz al supermercado y no he ido, y tú sabes cómo se pone mi madre cuando dejo de hacer un mandado. Ella piensa que jugar no es importante, pero cuando uno sale del colegio por la tarde tiene que jugar, ¿no? Porque...

— ¡Córtala! ¡Qué moña!... Será para otra vez, chao... (¡En este rato yo habría hecho diez preguntas y ya las hubiera contestado!).



Moño, moñito, moñote, moñó

(Con el primo Pararrayos indagó)

- ¡Hola, Pararrayos!
- ¡Hola, Lucía Moñitos!
- Deja el compu y atiéndeme. Necesito que me des tu opinión sobre una cosa.
- ¿Y me quedo yo sin opinión? Eso no me conviene.
- No, Pararrayos, sólo necesito que me la digas y después te quedas con ella.
- Ah, así sí.
- Mira...
- ¿Para dónde?
- No, no dije «mira» para que miraras. ¡Sólo es una forma de hablar!
- Ah.
- ¿Puedo preguntarte algo?
- Claro, Lucía.
- Ven acá, Pararrayos...
- Pero si estoy aquí, bien cerca de ti.
- ¡No! ¡Qué moña! ¡Te dije «ven acá» porque también es una forma de hablar!

— Pero no te enojas, Lucía.

— Está bien, Pararrayos, no me enojo. La pregunta que te quiero hacer es: ¿por qué crees que a la gente no le gusta donar órganos?

— La verdad es que no estoy muy seguro, pero me imagino que mucha gente pertenece a la Sociedad Protectora de Gusanos y defenderán los derechos de éstos para recibir completos los cuerpos de los difuntos.

— ¿Cómo?

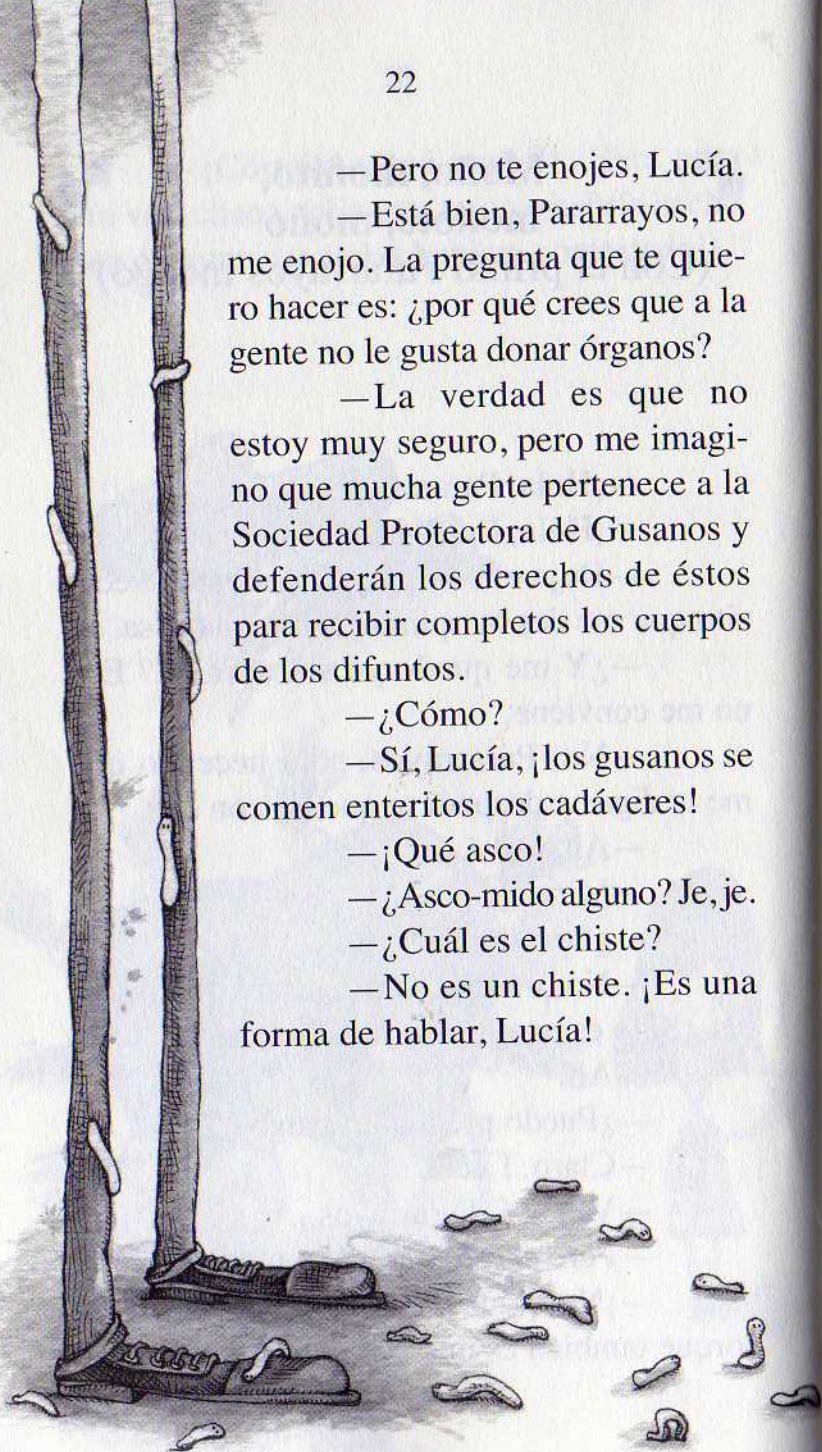
— Sí, Lucía, ¡los gusanos se comen enteritos los cadáveres!

— ¡Qué asco!

— ¿Asco-mido alguno? Je, je.

— ¿Cuál es el chiste?

— No es un chiste. ¡Es una forma de hablar, Lucía!



— ¡Qué moña! Bueno, te dejo. Voy a pensar en lo que me dijiste. Chao, primo... (Voy a tener que fumigar la oreja de Gordon cada dos o tres días por si vienen los gusanos esos).



Moño, moñito, moñote, moñío

(El vecino Miguel la enloqueció)

—Hola, Lucía Moñitos. ¿Qué haces por aquí? Que yo sepa no te gusta la carpintería.

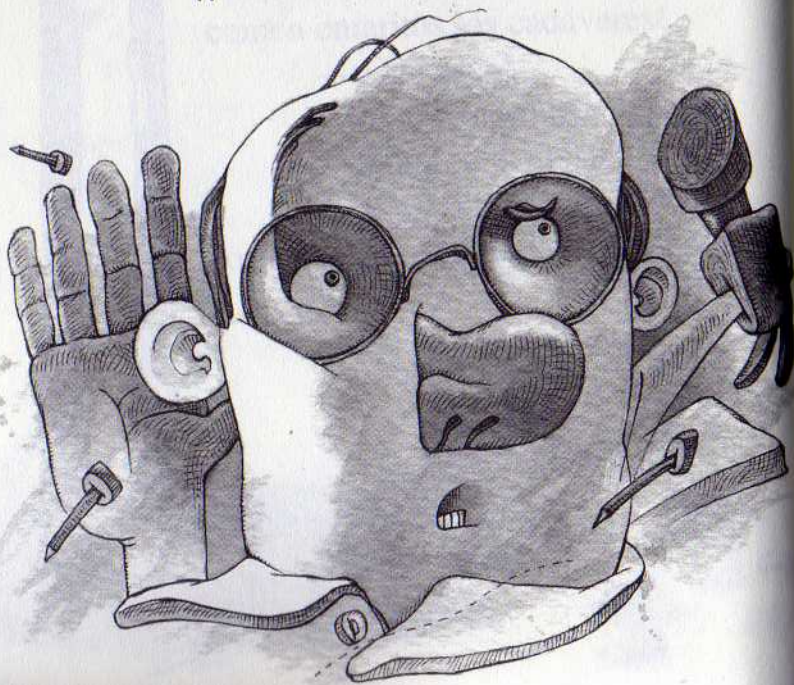
—Hola, don Miguel.

—¿Qué?

—¡Que cómo está!

—¿Cometa?

—¡¡Lo estaba saludando!!



—¡Ah, claro que estoy sudando! ¡Me alegro que pases por aquí de vez en cuando!

—¡Vine también a consultarle algo que estoy investigando!

—¿Hostigando?

—¡¡No!! ¡¡Investigando!!

—Pues pregunta lo que quieras, que aunque no te mire por estar trabajando, te escucho. Pero no me digas mentiras.

—¡Don Miguel, yo no miento!

—¿Pimiento? ¿No te gusta el pimiento?

—No, parece que no me está escuchando.

—Pero dime, hija mía, ¿qué te está hostigando?

—¡Nada! ¡Sólo quiero saber por qué la gente se niega a donar órganos!

—¿A dorar oréganos?

—¡Qué moña!... ¡¡Gracias y chao, vecino!!... ¡¡Sigo mi camino!!

—¿Comino? ¡Si te hostigan tanto los aliños, debes ir a un médico, Lucía!

—Es cierto, pero al psiquiatra, porque por poco me vuelve loca... (Ojalá que la oreja que me trae Gordon no esté sorda).

Moño, moñito,
moñote, moñada
(Su amiga Ricitos desinformada)

—Hola, Lucía, me dijeron que quieres intercambiar órganos.

—No, parece que hubo un malentendido, Ricitos de Trigo, porque...

—Es que quisiera cambiar las cabezas.

—Es trasplantar...

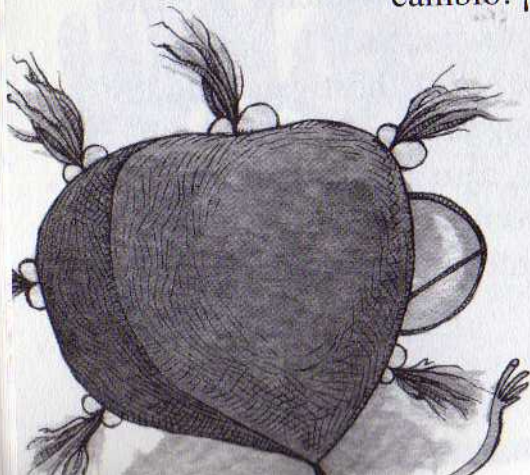
—Bueno, Lucía, trasplantar nuestras cabezas, porque de verdad estoy muy aburrida de mi pelo.

—Pero, Ricitos, lo que pasa es que...

—Nada, a ti también te conviene un cambio. ¡Con esos moños!

—Es que...

—Mira, Lucía, si deseas también cambiar las piernas, no tengo problemas.



—No, yo...

—Yo no me hago líos, porque después cambio las tuyas con Ricitos de Chocolate, que las tiene más lindas.

—¡Pero, Ricitos, entiende! Yo estoy en el asunto de los trasplantes, sí, pero busco algo más profundo...

—¿Profundo?

—Claro, hablo de valores humanos, de actitudes, de sentimientos...

—¡Ah, ya comprendo! Bueno, te cambio entonces tres enojos y dos tristezas que he sentido este mes por una alegría tuya.

—¡Ricitos!

—¿Qué?

—Nada, más tarde nos vemos... (Es tan absurdo esto que si ahora llega Gordon con la oreja, la pegaré entre ojo y ojo, o en medio de la frente de la figura humana).

Moño, moñito,
moñote, moñor

(Con mi amiga Ricitos fue peor)

—Hola, Ricitos de Miel.

—Hola, Lucía Moñitos.

—Estoy en plena investigación: ¿por qué crees que la gente dona pocos órganos si saben que con eso pueden salvar vidas?

—¡Porque la gente es muy ignorante, Lucía!

—¡Entonces hay que hacer una campaña para informarlos bien! ¿No es cierto?

—No sacas nada si la haces, Lucía.

—¿Por qué?

—Porque seguro van a pensar que es una campaña de donación de órganos, pianos, xilófonos y esas cosas.

—¡Qué moña!... Voy a pensar en eso también. Chao, amiga... (Creo que la oreja que me traerá Gordon no a va tener oído para la música).

Moño, moñito,
moñote, moñet

(Le escribe a Yoyito por Internet)

Para : Yoyito <yo@yito.com>

De : Lucía Moñitos <luciamoñitos@moñitoslucia.com>

Asunto : Órganos

Hola, Yoyito:

¿Cómo te fue en el colegio hoy? No te vi a la salida.

Hoy ha sido un día oscuro para mí. Me enteré de muchas cosas: que cuando uno se muere se lo comen los gusanos, por ejemplo. Qué asco, ¿no es cierto? Se comen nuestra carne y hasta se chupan nuestros huesos... Pensándolo bien no es tan asqueroso, porque eso mismo se lo hacemos nosotros a los pollos y no somos gusanos. Recuérdame profundizar este punto otro día.

Hoy también supe que tengo un corazón de melón. Averigüé y eso significa que soy muy dulce, parece. Por tanto, no podría trasplantarle mi corazón a alguien con diabetes, alguien con mucha azúcar en la sangre o algo así. Imagínate, yo dándole un corazón dulce a esa gente. Claro, que no podría donárselo a nadie porque al sacármelo, el corazón se exprimiría y se convertiría en jugo. Pero bueno,

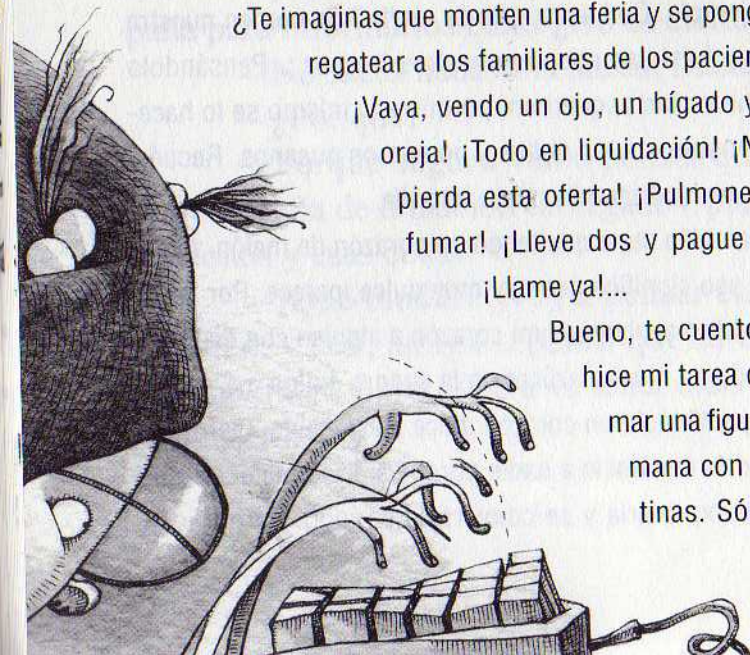
todo eso son detalles. Lo principal que aprendí es que hay gente que se niega a donar los órganos de sus familiares recién fallecidos. Incluso sabiendo que ese órgano puede salvar la vida de un enfermo. ¡Aún se me ponen los moños de punta! Es como si a mi muñeca se le cayera un brazo y mi amiga Ricitos de Miel, que tiene una muñeca igual, con sus brazos en buen estado, se le rompiera completamente la cabeza y decidiera botar su muñeca a la basura, aun sabiendo que a mi muñeca le hace falta un brazo. Es increíble, ¿no es cierto? Te juro que si me hiciera eso, ¡no me iba a ver el moño en mucho tiempo!

Bueno, basada en la investigación que hice sobre este asunto, llegué a la conclusión siguiente: ¡la gente lo que quiere es que en vez de donar, le compren los órganos de sus muertos! No tengo otra explicación.

¿Te imaginas que monten una feria y se pongan a regatear a los familiares de los pacientes?

¡Vaya, vendo un ojo, un hígado y una oreja! ¡Todo en liquidación! ¡No se pierda esta oferta! ¡Pulmones sin fumar! ¡Lleve dos y pague uno! ¡Llame ya!...

Bueno, te cuento que hice mi tarea de armar una figura humana con pegatinas. Sólo me



faltaba una oreja. Y estuve a un moñito de conseguirla, porque Gordon, mi compañero de curso, me dijo que me iba a conseguir una, pero nunca llegó con ella. Entonces, como no tengo un moño de tonta, entregué la figura así mismo, sin una oreja; es decir, tuerta de oído. Y como no tengo moños en la lengua, le dije a mi profe que esa figura era Van Gogh, un famoso pintor que supe que se había cortado una oreja y que a partir de ese hecho dejó de pintar, porque sólo pintaba de oído. Eso fue lo que escuché de ese pintor y eso fue lo que dije. No sé cómo lo tomará la profe, porque la figura con pegatinas no se parecía a Van Gogh, más bien se parecía a Bob Esponja.

Bueno, Yoyito, piensa en estas cosas, haz tu investigación y me escribes, contándomelo todo con moños y señales. Dile a tu hermano Ada que te deje más tiempo al final de clases. Enseguida se van y nos podemos ver muy poco.



Dile que él se quede también con nosotros. ¿Recuerdas la broma que le hicimos la última vez? ¡Es que es muy fácil hacerle una tomadura de moño a tu hermano! Tú y yo siempre la pasamos bien, ¿no es cierto?
Bueno, muchos saludos y nos vemos mañana en el colegio.

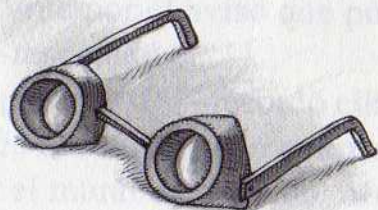
Lucía Moñitos.

P.D. ¡Ojo! Si conoces a alguien que espera por un trasplante, dile a ese paciente que no se impacienta, porque voy a armar una campaña nacional, internacional y universal. ¡Hasta los extraterrestres van a mandar órganos! ¡Ya verás!
¡Estoy hasta el último moño de que la gente no haga nada!
¡Por eso se me metió entre moño y moño hacer algo!
Chaoooooooooooooo.



SEGUNDA PARTE

Lucía se pone a investigar



**Moño, moñito,
moñote, moñato**
(Al fin le llega su primer contrato)

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando unos pequeños nudillos tocaron a la puerta. Lucía Moñitos miró por el ojo mágico y tuvo que empinarse mucho para ver a Yoyito, su mejor amigo. Le abrió enseguida de par en par.

—Hola, Lucía — saludó el chiquillo.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? — preguntó la niña, extrañada.

—Vine por el aviso que pusiste en el colegio — respondió él.

—¡Aaaah, sí! — recordó ella.

Tres días atrás se le ocurrió pegar un letrero en el mural del colegio, ofreciéndose a trabajar como niñera para cuidar padres. Le hacía falta dinero para la gran campaña por la donación de órganos que pensaba organizar. No tenía dinero y mandar a hacer afiches era caro, y comprar un espacio en los diarios, radios y canales de televisión costaba un ojo



de la cara, para seguir mencionando órganos. Primero pensó en hacer galletas de chocolate para vender, pero desistió. Engordaría como una ballena y quizás no alcanzaría a recaudar mucho. Y así, pensando y desechando ideas, llegó a la de ser niñera de padres. Ella siempre había sostenido que los padres exageraban con eso de *lo complicado de cuidar niños*. «Es todo lo contrario», afirmaba Lucía Moñitos. Decía que para los niños era más complicado que los padres los cuidaran, porque repetían todo el tiempo: «no hagas esto», «no hagas lo otro», «no toques esto», «no toques lo otro», «no juegues con eso», «no digas eso otro», y así miles de limitaciones. Por eso, si fuera al revés y ella tenía que cuidar a los padres, sabría mejor cómo manejarlos.

—¿Quieres que te los cuide ahora mismo? —quiso saber la niña, entre contenta y nerviosa.

—Sí —respondió Yoyito—. Mi hermano Ada me va a llevar a jugar a casa de Pocho. ¡Pero no nos vamos a demorar tanto!

—Está bien —aceptó la niña, escondiendo su alegría—. Tráelos.

—Oye, Lucía, ¿te puedo pagar mañana? —susurró el chiquillo con temor.



— ¡Por supuesto, Yoyito! —le aseguró la niña.

El niño salió disparado hacia el auto donde estaban sus padres. Regresó trayendo a cada uno de la mano.

— Mira, Lucía, estos son mis papás —los presentó Yoyito.

— Buenas tardes, señora — saludó la niña.

— Marina, yo me llamo Marina — contestó la mujer—. Y él es Eduardo, mi marido.

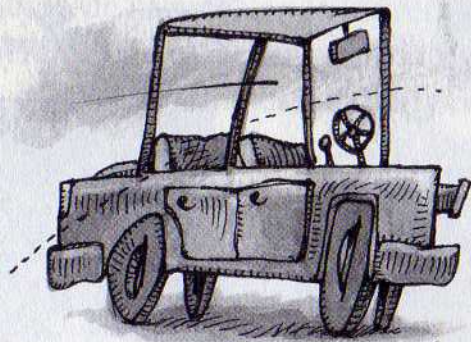
— Hola, Lucía Moñitos — dijo el hombre—. Espero que nos llevemos bien.

— Sí, no se preocupe, don Eduardo —le dijo la niña—. ¡Adelante!

— Bueno, mi amiga, yo me voy. Los recojo a las seis —le aseguró Yoyito, y bajando la voz añadió—: Ten cuidado. No les quites los ojos de encima. Es un rato nada más, pero ¡ya sabes cómo son los adultos!

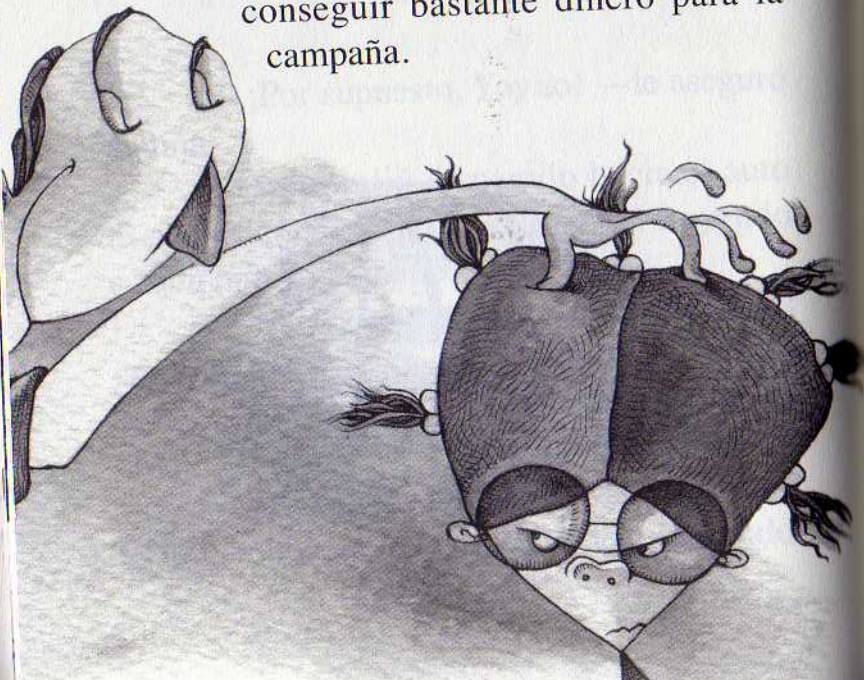
— Vete tranquilo —dijo Lucía, dándole confianza—. Están en buenas manos. Yo sé manejarlos.

— ¡Chao, mami! ¡Chao, papi! ¡Pórtense bien! —les gritó Yoyito desde la acera.



**Moño, moñito,
moñote, moñoso**
(El papá se pone muy peligroso)

Lucía les mostró la casa y les dijo que podían hacer lo que quisieran, excepto abrir la puerta de la calle y meter los dedos en los enchufes. Luego los invitó a jugar naipes y ellos aceptaron. La niña estaba contenta. Aquello era más fácil de lo que se había imaginado. No le costaría mucho esfuerzo conseguir bastante dinero para la campaña.



Después de un rato jugando, el padre de Yoyito fue el primero en levantarse de la mesa.

—Me aburrí —dijo—. Lucía, ¿puedo ir al baño?

—Claro que sí —respondió la niña.

—Gracias, gordita —dijo el hombre, pasándole la mano por la cabeza al cruzarse con ella.

A Lucía le molestó que la llamara gordita y que le tocara sus moñitos, pero no dijo nada. Se mantuvo sentada con la señora Marina. A pesar de los pequeños detalles, le gustaba el trabajo. Era cómodo, fácil. ¿Cómo no se le ocurrió antes? Claro, era un poco sedentario y podría hasta ser aburrido, porque los adultos no corren ni juegan como los niños. Pero volvió a pensar en la necesidad de promocionar la donación de órganos en los enfermos, y se convenció de que con unas cuantas veces que cuidara padres aportaría bastante a la causa.

Después de dialogar sobre el tiempo, lo antiguas que eran este tipo de casas y lo mal que se vestía la maestra, la mamá de Yoyito comenzó a hacerle preguntas algo más íntimas a Lucía. ¿Quiénes vivían con ella, qué hacían sus padres, por qué usabas esos moñitos feos?

Y varias más. Al principio, la niña respondió espontáneamente y sin reservas, pero al rato se dio cuenta de lo metida, chismosa y preguntona que se volvía la señora.

Ya le iba a enseñar un poco de educación, cuando se escuchó un grito y un estruendo que remeció la casa. Lucía y la señora Marina corrieron hacia donde estaba don Eduardo, que yacía adolorido en el piso, debajo de una escalera y muchos vidrios.

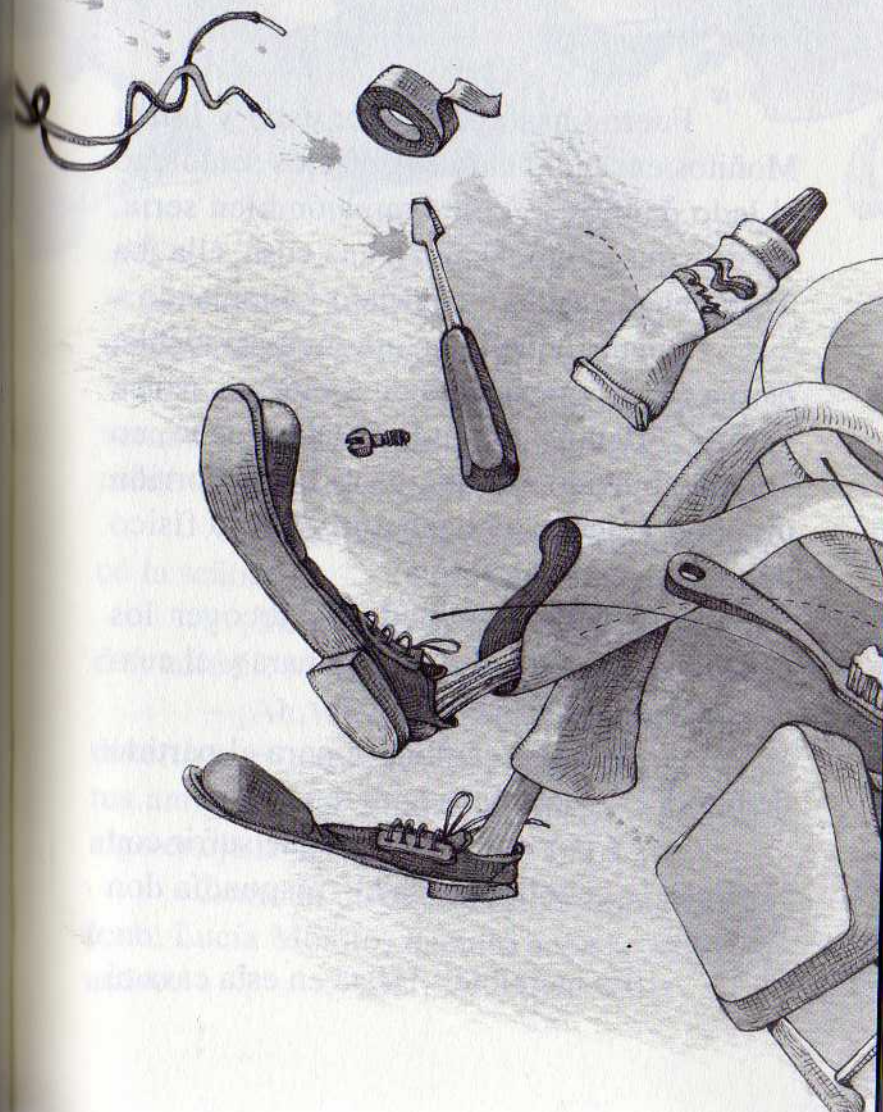
—¿Estás bien, viejo? —gritó alarmada la señora Marina.

—¡Qué moña! ¿Qué pasó? —quiso saber Lucía Moñitos, bastante asustada.

—Estoy bien, sólo unos golpes —contestó don Eduardo, levantándose—. Como vi que en el baño no había luz, quise arreglarlo. Seguí la conexión, y me pareció ver unos cables pelados en la lámpara y busqué la escalera, alicate, cuchillo, la cinta, y cuando ya estaba arriba resbalé y caí con todo esto y la lámpara y hasta el cuadro de la pared. ¡Quedó la Segunda Guerra Mundial! Pero no te preocupes, Lucía, yo limpio esto y arreglo de todas maneras la luz del baño.

—¡No! Ahora se me sientan a ver televisión. Yo después limpio esto —ordenó la

niña con tono bien autoritario—. Además, lo único que había que hacer en el baño era sustituir la ampolleta que estaba quemada.



**Moño, moñito,
moñote, moñol**
(Hasta allí pelean por el control)

Fueron hasta la sala de estar y Lucía Moñitos encendió el televisor. Los sentó uno al lado del otro y, con expresión bien seria, les dijo que si deseaban alguna cosa, ella iba a estar en el pasillo recogiendo y limpiando.

Bueno, aquello no era muy agradable, pero a fin de cuentas fue un accidente, pensó la niña. Además, mirando el lado bueno, no era tan aburrido el trabajo. Ya había corrido un poco y ahora realizaba un trabajo físico para mantenerse en forma.

No había terminado de recoger los pedacitos de cristales de la lámpara y el cuadro, cuando los escuchó discutir.

—¿Por qué cambiaste para el partido de fútbol? —reclamaba la mujer.

—¿Y por qué me tengo que sufrir con la teleserie cebollenta esa? —respondía don Eduardo.

—¡Es increíble! ¡Hasta en esta casa tú



te adueñas del control! —dijo la señora Marina, levantando los brazos al cielo.

—¡No me adueño de nada! ¡Pero si vamos a pasar un rato aquí, que sea entretenido! —contestó el hombre.

—¿Y qué sabes tú de pasarla bien? —atacó la señora.

—¡Yo me divierto más que tú! —se defendió él, sentándose frente a ella.

—¡Ah, sí! ¡Lo que pasa es que para ti divertirse es tomar tragos, jugar dominó con tus amigos o ver deporte! —insistió Marina, algo enojada ya.

Como la discusión estaba subiendo de tono, Lucía Moñitos decidió acercarse, por si acaso.

— ¡Como si tú supieras pasarla bien!
— continuó el papá de Yoyito—. ¿No te acuerdas del cumpleaños de mi hermano? ¡Cuando te tomaste una sola copita de vino, te pusiste a bailar y le vomitaste encima a todo el mundo!

— ¡No me recuerdes esa fiesta! ¡Si me tomé esa copita fue porque te vi agrediendo a todos allí con tu borrachera, creyéndote el gracioso! ¡Te veías patético!

— ¡¿Patético yo?! ¡¿Y tú?! — se puso colorado el hombre—. ¿Quieres que te refresque la memoria? ¿Te acuerdas aquella vez en la playa, cuando Ada y Yoyito arrendaron un caballo sin carné y lo llevaron para la casa? ¿Eh?

— ¡Ese día el culpable fuiste tú!

— ¡¡No, tú!!

— ¡¡¡No, tú!!!

— ¡¡Basta!! ¡Qué moña! — los interrumpió Lucía Moñitos a gritos, hasta imponerse—. ¡Parece mentira! ¡Los dejo solos un minuto y miren lo que arman!... ¡Usted, señora Marina, vaya para la cocina! ¡Y usted, don Eduardo, se queda aquí, pero sin televisión! ¡Ni una palabra más!

Moño, moñito, moñote, moñina

(Un furioso huracán en la cocina)

Ambos obedecieron sin chistar. Lucía Moñitos regresó al pasillo a continuar barriendo. Estaba en esas labores, mientras pensaba que el trabajo estaba bueno, pero era más complicado de lo que parecía, cuando de repente se oyó un aparatoso ruido de cosas estrellándose, acompañado de varios gritos que llegaban de la cocina.

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Sálvenme! ¡Sálvenme!

La niña, sin soltar la escoba, salió disparada pensando qué le podría haber pasado a la señora. En el trayecto, vio de reojo cómo el papá de Yoyito hacía un gesto con la mano hacia la cocina, como diciendo: «Qué exagerada es mi mujer...».

Se encontró a Marina subida en la mesa, de donde había volcado al piso una licuadora, tres vasos, el recipiente del azúcar, una mantequillera, un pote con harina y una fuente con una torta de vainilla recién hecha.

—¿Qué pasó ahora, señora Marina?
—preguntó la niña, sofocada.

—¡Un ratón! ¡Vi que por ahí pasó un
ratón!

—¡Qué moña!

Lucía se agachó y comenzó a buscar
al animal, empuñando la escoba como arma.
Estaba nerviosa. «¿Y si me salta el ratón enci-
ma?», pensó, «con mis nervios como están,
me va a ser difícil esquivarlo. ¡Qué ganas tengo
de terminar con este trabajo», se dijo la niña.
«Calma, Lucía, calma», se repetía.

Descubrió algo
detrás de la repisa
metálica que sirve
para guardar vege-
tales. Lo movió
con una mano. El
mueble cayó al
piso y el suelo se
llenó de papas,
cebollas, beren-
jenas y una
mermelada
de mango,
que



salpicó hasta el refrigerador. Iba a lanzar un
escobazo contra una mancha oscura, cuando
ésta maulló.

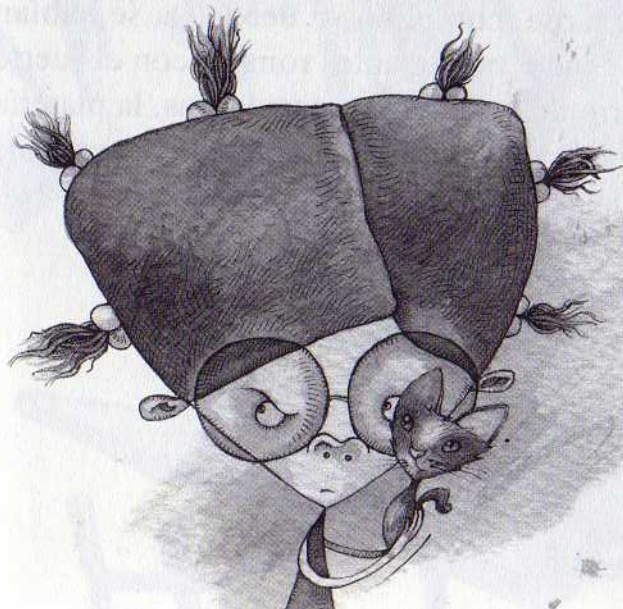
—¡Pero si es *Misito*! ¡El gato casi
recién nacido que me regalaron ayer! —dijo
la niña, cargándolo.

—¡No te puedo creer! ¿Y esa cosita
fue la que me asustó? —habló la señora Mari-
na, sonriendo mientras bajaba de la mesa.

En ese momento se escuchó un grito
de terror en el saloncito de estar.

—¡¡Fuego!! ¡¡Llamen a los bomberos!!

El sofá y las cortinas estaban ardiendo.
Lucía Moñitos fue a llamar por teléfono.
La mujer, por un jarro de agua. Después de



avisar a los bomberos, la niña fue a ayudar al padre de Yoyito que trataba de sofocar las llamas con un mantel paraguayo, tejido a mano, recuerdo de la abuela de Lucía Moñitos.

— ¡Oiga! ¡Qué moña! ¿Qué sucedió?
— quiso saber la niña, mientras arrastraba el televisor tratando de alejarlo del fuego.

— Nada. Mala suerte — respondió don Eduardo, sacando agua de la pecera con un cenicero, para apagar las llamas de la alfombra—. Encendí un cigarro, me entretuve y se me cayó entre los cojines del sofá...

El humo y el vapor se volvieron insoportables al quemarse y caer la madera del entretecho. Por suerte, en eso llegaron los bomberos salvadores. Unos quince minutos más tarde, cumplido su deber, ya se habían marchado, no sin antes romper con el fuerte chorro del agua todos los adornos, la platería del aparador, varios muebles, la pecera, los cristales de las ventanas y el televisor.



Moño, moñito,
moñote, moñesa

(Y todo terminó en una sorpresa)

Eran cerca de las seis de la tarde cuando sintió el golpear de unos pequeños nudillos a la puerta.

— ¡Lucía! ¡Lucía Moñitos!

Levantó la cabeza con los ojos semicerrados, la frente colorada por estar tanto tiempo apoyada en el antebrazo derecho. Un hilillo de baba le salía por la boca.

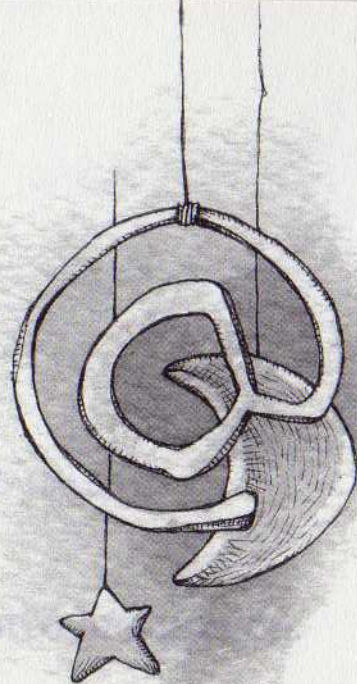
Al fin, se le aclaró la vista y se extrañó de ver a Yoyito en su sala de clases. El niño tocaba con sus nudillos en su mesa. El curso completo los observaba sonriendo.

— Lucía, ¿estabas durmiendo?

— No, estaba pensando.

— ¿Y? ¿Ya pensaste en cómo conseguir dinero para tu campaña?

— Bueno, ahora mismo me estaba imaginado algo, pero creo que no funcionará...



Moto, moñito,
moñote, moñete
(Con Yoyito es difícil cambiar)

Lucía se sentó en la silla
y se puso a pensar en lo que
le había pasado con los cables.

¡Qué lío! ¡Qué lío!
¡Qué lío! ¡Qué lío!
¡Qué lío! ¡Qué lío!
¡Qué lío! ¡Qué lío!

Al fin, al fin,
encontró la solución.
¡Qué lío! ¡Qué lío!

Y así, así,
se solucionó el problema.
¡Qué lío! ¡Qué lío!

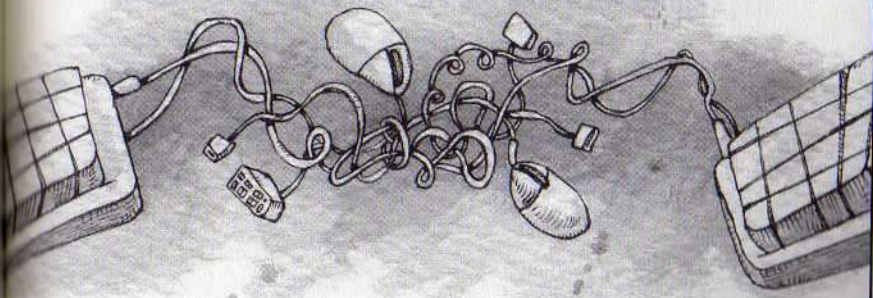
Y así, así,
se solucionó el problema.
¡Qué lío! ¡Qué lío!

Y así, así,
se solucionó el problema.
¡Qué lío! ¡Qué lío!

Moto, moñito,
moñote, moñete
(Con Yoyito es difícil cambiar)

TERCERA PARTE

Y Lucía encontró la solución



**Moño, moñito,
moñote, moñear**
(Con Yoyito es difícil chatear)

LUCÍA : ¿Yoyito? ¿Estás ahí?

YOYITO : Ola. En 2 cgun2 toy aki.

LUCÍA : ¿Qué?...

YOYITO : ...

LUCÍA : ...

YOYITO : Ya. Dime.

LUCÍA : ¿Puedes chatear un poco conmigo antes de dormir?

YOYITO : ¿Ké suCD?

LUCÍA : ¡No sigas escribiendo así! ¡Qué moña! ¡Tú sabes que ni me gusta ni lo entiendo!

YOYITO : Ok.

LUCÍA : ¡Qué va! ¡Así no sigo chateando! ¡Chao!

YOYITO : Pero si «ok» siempre se ha escrito así...

Moño, moñito, moñote, moñado

(A chatear cada uno por su lado)

YOYITO : ¡Lucía! ¿Estás ahí?

LUCÍA : Sí.

YOYITO : Hace media hora que estoy tratando de conectarme contigo para seguir chateando. ¿Se te pasó el enojo conmigo?

LUCÍA : Sí.

YOYITO : ¡Vamos, Lucía! ¿Qué te sucede?

LUCÍA : No es contigo, Yoyito.

YOYITO : Entonces, ¿con quién estás molesta?

LUCÍA : ¡Con el mundo! Es que se me hizo un moño



en el cerebro y decidí no hacer la campaña de donación de órganos.

YOYITO : ¿X ké?... Perdón, ¿por qué?

LUCÍA : Porque la campaña iba a realizarla por gusto.

YOYITO : No, te preguntaba que por qué se te hacía un moño en el cerebro.

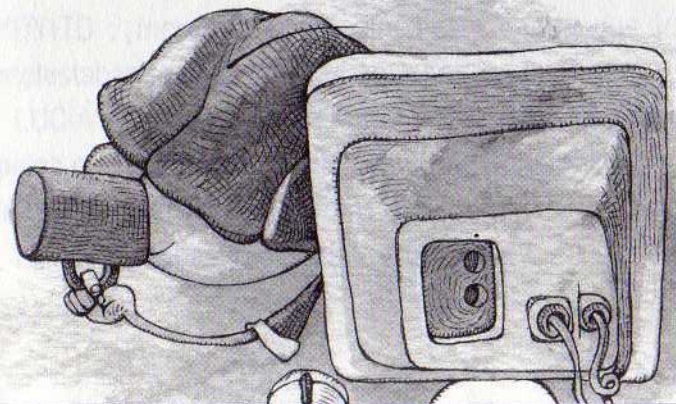
LUCÍA : Por varias razones. En mi investigación averigüé que no sólo por donación de muertos se consiguen los órganos para los trasplantes.

YOYITO : ¿Te salen pelos en el cerebro?

LUCÍA : Un vivo también puede donar un pedazo de hígado, un riñón, un ojo, una lengua y así. Por lo tanto, se complica la cosa.

YOYITO : Algunos de esos moños que parece te salen en la cabeza, ¿vienen del cerebro?

LUCÍA : También me enteré de que algunos trafican con los órganos ilegalmente.



YOYITO : Así que si se te cae un pelo de un moño, ¿es como si se te cayera una neurona?

LUCÍA : ¿Qué? ¡Qué moña! ¡Tenemos que resolver esta conversación, porque yo voy por un lado y tú por otro!

YOYITO : ¿En serio? ¿Como si fueran narcotraficantes, pero de órganos?

LUCÍA : ...

YOYITO : ¿No?

LUCÍA : ...

YOYITO : ¡Dime algo!

LUCÍA : ¡No respondas tú ahora!

YOYITO : Es que...

LUCÍA : ¡No escribas nada para ponernos a escribir sobre un mismo asunto!

YOYITO : ...

LUCÍA : ¿Puedo ya?

YOYITO : ...

LUCÍA : ¡Yoyito!

YOYITO : ...

LUCÍA : ¿Pero por qué cortó este loco?

Moño, moñito, moñote, moñona

(Ni el diccionario lo soluciona)

LUCÍA : Yoyito, ¿Estás ahí?

YOYITO : Creo que sí.

LUCÍA : ¿Cómo que crees?

YOYITO : Sí, dije así porque hace un ratito alguien me escribió como si fueras tú y cuando respondí no me contestó más, me dejó escribiendo sólo por gusto.

LUCÍA : ¡Era yo, Yoyito! Lo que pasó es que cuando te respondí se me cayó la conexión y me costó trabajo conectarme de nuevo. ¿Por qué me cortaste la última vez?

YOYITO : Porque me dijiste que no escribiera más.

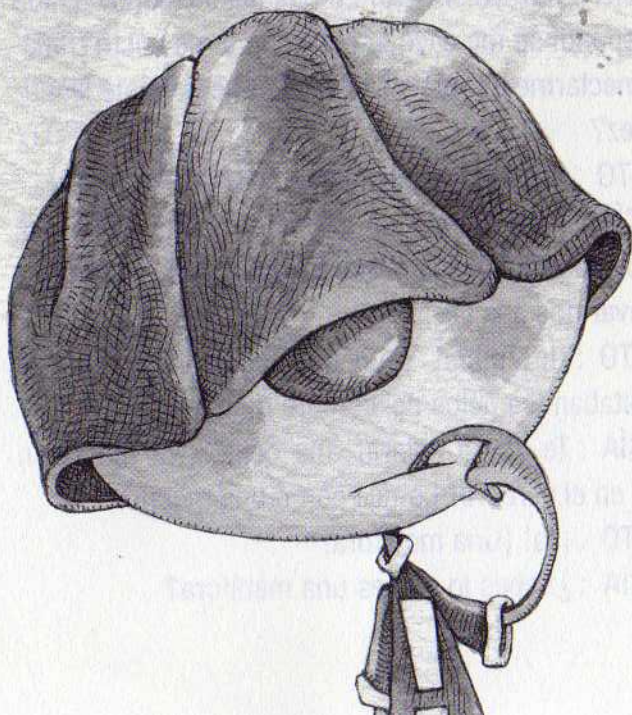
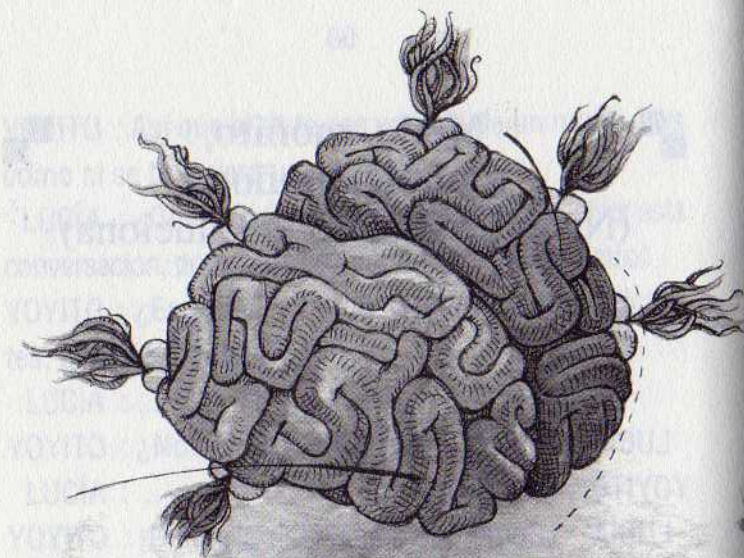
LUCÍA : Pero era por un momento. Sólo quería que nos pusiéramos a escribir una conversación normal y no llevar dos a la vez.

YOYITO : ¡Increíble! Y yo que hasta pensé que te molestaban los pelos del cerebro de nuevo.

LUCÍA : Te voy a aclarar una cosa. ¡No me salen pelos en el cerebro! Lo dije como una metáfora.

YOYITO : ¡Ja! ¡Una metáfora!

LUCÍA : ¿Sabes lo que es una metáfora?



YOYITO : ¿Una metáfora? Claro que sí... Espérame un minuto...

LUCÍA : ...

YOYITO : ¡Ya! Mira, cuando se crema un cadáver, los polvitos que quedan los echan en una metáfora.

LUCÍA : ¡No! Te refieres a un ánfora. Yo dije una metáfora. ¿Entiendes?

YOYITO : ¡Obvio! Mira, cuando el «ánfora» se llena con los polvitos del muerto, quiere decir que llegó a la «meta» y ahí es que se convierte en «metáfora».

LUCÍA : No voy a discutir contigo. Busca un diccionario.

YOYITO : Eso fue lo que hice hace un momento: lo busqué en Internet.

LUCÍA : Pues si hubieras buscado bien, otro moño peinarías.

YOYITO : ¿Me estás diciendo ignorante, o tonto, o algo así? ¡Pues no peino más tu moño como dices!

LUCÍA : ¡Yoyito! ¡Otra vez! ¿Cuándo acabaremos esta conversación?



Moño, moñito, moñote, moñó

(De cuando Yoyito se confesó)

LUCÍA : Yoyito, ¿Estás ahí?

YOYITO : No.

LUCÍA : ¿Y quién está escribiéndome?

YOYITO : Yo.

LUCÍA : ¿Quién es yo?

YOYITO : Yo... yito.

LUCÍA : Te enojaste por gusto, porque yo sólo te dije que no habías buscado bien en Internet. No dije que eras ignorante ni nada de eso.

YOYITO : ¿En serio? ¿Tú crees que soy inteligente?

LUCÍA : Obvio.

YOYITO : ¿De verdad piensas que soy lindo y atractivo?

LUCÍA : No dije tanto. Pero dejemos el juego, Yoyito, que lo que tenía que contarte es muy importante.

YOYITO : ¿Sí? Más importante que mi persona no hay nada, pero cuéntame, dale.

LUCÍA : Te decía que también supe con horror en mi investigación que hay gente trabajando en hospitales que llegan hasta a matar un moribundo con tal de conseguir los órganos que ya tienen vendidos. ¿Viste qué

moña? Es tan confuso el problema, que ya no sé quién tiene la culpa de todo.

YOYITO : No fue ines

LUCÍA : ¿Quién? ¿Cuál Inés?

YOYITO : Que no fue ines

perada tu decisión entonces (perdón, es que volví a apretar el «enter» sin querer, cuando escribía esa palabra).

LUCÍA : ¡Claro que mi decisión fue bien pensada! Y por si fuera poco lo anterior, también descubrí, desenredando el moño de mi investigación, ¡que hay gente que hasta secuestra niños para robarles los órganos y venderlos!

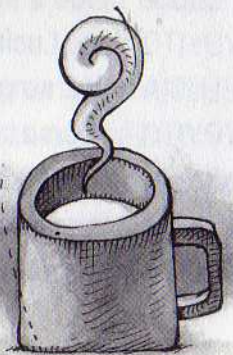
YOYITO : ¡Increíble! Entonces para que no me secuestren, voy a colgarme un cartel en el cuello que diga que mi hígado no sirve porque tuve hepatitis; mis pulmones no sirven porque tuve neumonía, y mi corazón no es de melón, pero tampoco sirve porque está «partío»; es decir, está enamorado.

LUCÍA : ...

YOYITO : ¿Lucía?

LUCÍA : ...

YOYITO : Qué raro que haya cortado.



**Moño, moñito,
moñote, muñe**
(Lucía ríe, Yoyito huye)

YOYITO : Lucía, ¿Estás ahí?

LUCÍA : Sí, aquí estoy.

YOYITO : ¿Por qué me cortaste?

LUCÍA : Se cayó esto.

YOYITO : ¡Qué raro!

LUCÍA : No, no es raro, porque se ha caído ya varias veces.

YOYITO : No, te decía que qué raro fue que no me hayas preguntado de quién estoy enamorado.

LUCÍA : ...

YOYITO : ¡Lucía! ¿Estás ahí?

LUCÍA : ...

YOYITO : ¡¡Lucíaaaa!!

LUCÍA : ...

YOYITO : ¡¡¡¡¡Lucíaaaaaa!!!!

LUCÍA : ¡Ya, no grites!

YOYITO : ¿Cómo sabes que estaba gritando si estamos sólo escribiendo? Bueno, ¿por qué no respondías?

LUCÍA : Porque fui a decirle a mi mamá que ya iba a dormir. Me estaba retando por estar aquí chateando contigo.

YOYITO : ¡Ni aunque venga mi padre en persona yo apago esto si no he terminado contigo! ¡Es un derecho que no pueden violar!

LUCÍA : ¡Oye, qué carácter! ¡Me sorprendes!

YOYITO : Así soy yo: inteligente, lindo y atractivo... Bueno, termina de contarme lo que me ibas a decir.

LUCÍA : Nada, que la cosa pasó de familiares que no quieren donar, a un moño mucho más complicado. ¡Que resuelvan el problema los adultos! ¡Ya me cansé de tener el corazón de melón! Por tanto, no voy a hacer esa cosa. ¡Ya decidí lo que voy a hacer!

YOYITO : ¿Qué cosa?

LUCÍA : Voy a hacer algo lindo: ¡voy a conseguirles risas a los pacientes que esperan trasplantes de órganos en los hospitales!

YOYITO : No, te preguntaba que qué cosa no vas a hacer.

LUCÍA : ¡La campaña para la donación de órganos!

YOYITO : ¿Y quién va a donar entonces?

LUCÍA : ¡Qué sé yo! Los que acepten que sus muertos donen...

YOYITO : No, te decía que quién va a donar las risas a los pacientes.

LUCÍA : Cualquiera. Un gracioso como tú, por ejemplo.

YOYITO : ¿Y no crees que descubras risotraficantes?

LUCÍA : No, Yoyito. En serio que quiero trasplantarles alegrías a esos pacientes, para que pasen mejor los momentos de la espera.

YOYITO : Estoy de acuerdo. Te felicito por esa iniciativa. Es cierto que los adultos son muy enredados.

LUCÍA : Te prometo que cuando sea grande no dejaré de ser niña.

YOYITO : Ni yo de ser niño.

LUCÍA : A propósito, ¿de quién estás enamorado?

YOYITO : ¡Chao! ¡Tengo que apagar esto! ¡Por ahí viene mi papá!...

LUCÍA : ¡Eh! ¿Y esa moña? ¡Tú no decías qu...



PEPE PELAYO

Matanzas (1952), cubano nacionalizado chileno. Es escritor, comediante, guionista, especialista en humor e ingeniero civil. Es miembro de la Sociedad Internacional de Estudios del Humor y de la Sociedad Internacional de Estudios para el Humor Luso-Hispano. Ha obtenido varios premios en concursos internacionales por su obra literaria y gráfica. Fue fundador y director de la reconocida compañía La Señal del Humor en Cuba. Actualmente imparte talleres sobre Crecimiento personal y Trabajo educativo, todo a través del humor. También realiza su programa de Motivación a la lectura «Leer con PP» y colabora en revistas humorísticas de varios países.

Ha publicado más de cuarenta libros en Cuba, Argentina, Uruguay, Perú, Ecuador, México, España y Chile; en Alfaguara: *El chupacabras de Pirque*, *El secreto de la cueva negra*, *En las garras de Los Matarros*; *Pepito, el señor de los chistes*, *Pepito y sus librerías*, *Los teatropellos de Pepito*, *Los diálogos de Pepito*, *Cuentos de Ada*; *Ada, madrina y otros seres*; *Lucía Moñitos*, *corazón de melón*. Además, los libros álbum *Ni un pelo de tonto*, *Draguito y el dragón*, *Lucía Moñitos* (Mejor Libro Infantil Editado en Chile 2008) y *Trinos de colores* (Distinción The White Ravens 2009).